

Pero como se trataba ahora de encerrar un preso, la habia dejado por la parte de afuera, despues de haber bajado el puente.

Varney observó la máquina con atencion, y estuvo mirando asimismo el abismo que abria aquel escotillon.

Era muy oscuro y muy profundo, pues bajaba hasta las bodegas, segun dijo Foster en voz baja á Varney. Despues de haber mirado este muchas veces aquel oscuro precipicio, se fué con Foster á la sala del castillo.

Cuando estuviéron allí, dijo á Tony que pidiese la cena y vino del mejor, añadiendo que iba á buscar á Alasco. Es necesario, dijo, achisparle, pues habrá tambien para él alguna ocupacion.

Comprendió Foster lo que queria decir, pero se contentó con suspirar, sin hacer ninguna réplica. La vieja aseguró á Varney que Alasco apénas habia comido ni bebido cosa alguna desde su salida, que habia permanecido continuamente en su laboratorio, hablando como si dependiese la permanencia del mundo de lo que hacia allí encerrado.

— Yo le haré ver que el mundo aguarda de él otra cosa, dijo Varney cogiendo una luz para ir á buscar al alquimista.

Volvió despues de una ausencia bastante

larga; estaba muy pálido, pero se asomaba aun á sus labios su sonrisa ordinaria.

— ¡Nuestro amigo, dijo, se ha exhalado!

— ¡Como! ¿que quiere vm. decir? preguntó Foster: ¿se ha escapado acaso.... con mis cuarenta libras esterlinas que debian dar mas de mil por uno?.... Acudiré á la justicia.

— Te indicaré un medio mas seguro de recobrarlas, dijo Varney.

— ¡Como! ¿que medio? exclamó Foster. Quiero cobrar mis cuarenta libras.... Las creia multiplicadas por cierto, pero quiero al menos el capital.

— Vete á ahorcarte y á pleitear contra Alasco en la gran chancillería del diablo: allí es adonde ha ido á parar.

— ¡Que pues! ¿que me dice vm.? ¿ha muerto?

— Sí, ha muerto, dijo Varney, tiene la cabeza y el cuerpo hinchados.... Acababa de mezclar algunas de sus drogas infernales; la máscara de vidrio con que se solia cubrir la cara, se ha caido, el veneno sutil ha entrado en su cerebro, y se acabó.

— ¡*Sancta Maria!* exclamó Foster; quiero decir, añadió arrepintiendose, Dios nos libre por su grande misericordia de la codicia y de todo pecado mortal.... ¿Y cree vm. que se

habia efectuado la proyeccion? ¿no habia en los crisoles algun metal?

— No lo sé, respondió Varney, solo he visto el cadáver, es un espectáculo horroroso. Alasco está hinchado como si hubiera estado espuesto tres dias en la rueda. ¡Bah! dame un vaso de vino.

— Quiero ir á ver.... dijo Foster, quiero examinar yo mismo.... Cogió la lámpara, fué hasta la puerta, y vacilando allí, se detuvo: ¿no viene vm. conmigo? preguntó á Varney.

— ¿Y para que? respondió Varney; he visto y olido bastante para quitarme las ganas. He abierto sin embargo la ventana para renovar el aire, y han salido turbillones de vapores sulfúricos y otras materias hediondas, como si hubiese estado el diablo allí.

— ¿Y no podría ser esta muerte obra del mismo demonio? añadió Foster; yo no sé, pero dicen que tiene mucho poder en tales momentos y con tales gentes.

— Si es efectivamente ese Satanás en quien tú crees, el que te turba la imaginacion, dijo Varney, puedes tranquilizarte, si no es un demonio del todo falto de razon. Ha tenido hoy dos buenos bocados.

— ¿Como *dos* bocados! ¿que quiere vm. decir? preguntó Foster, ¿que quiere vm. decir?

— Ya lo sabrás con el tiempo, replicó Varney, y luego este otro banquete; pero te parecerá un manjar demasiado fino para el paladar del diablo. Para *ella* habrá salmos, conciertos celestiales, serafines, y.... ¿no es verdad?

Al oír estas palabras, se acercó Antonio Foster poco á poco á la mesa, y dijo:

— ¡Dios mio! sir Ricardo, ¿en eso es preciso venir á parar?

— Sí por cierto, Tony; y sino, no tienes que contar con la propiedad de todo esto.

— Ya me decia á mí el corazon que esto se acabaria así, dijo Foster; pero ¿como lo hemos de hacer, sir Ricardo? porque yo no quisiera por cuanto hay en el mundo ni aun tocarla siquiera.

— No lo estraño, dijo Varney; yo tendria la misma repugnancia en hacerlo por mí mismo. Mucha falta nos está haciendo el tal Alasco con su maná.... y tambien ese bribonazo de Lambourne.

— ¿Como! ¿en donde ha estado pues Lambourne? preguntó Antonio.

— No me preguntes nada, dijo Varney, ya le volverás á ver algun dia, si es cierto lo que crees. Pero volvamos á nuestros asuntos mas serios. Quiero enseñarte una trampa para coger unaavecilla, Tony; ese escotillon, esa

máquina que tú has inventado, ¿no puede parecer segura quitándole sus apoyos?

— Sí por cierto, respondió Foster: queda en el aire el tiempo que se quiera, mientras no la lleguen á pisar.

— Y si quisiese la señora pasar por encima para escaparse, dijo Varney, ¿el peso de su cuerpo bastaría para hacerla caer?

— Y el de un raton también, respondió Foster.

— Pues bien, entónces moriría queriendo ponerse en salvo. ¿Que podríamos hacer en eso, amigo Tony?... Vamos á la cama.... mañana hablaremos de eso.

Al día siguiente, al acercarse la noche, Varney llamó á Tony Foster para poner su plan en ejecucion. Tider y el criado de Tony fuéron ocupados fuera de la casa con algun pretexto, y fué Foster á ver á la condesa con el de preguntarla si le hacia falta alguna cosa.

El ver su dulzura y su paciencia le causó tal impresion, que no pudo menos de prevenirla con instancias que no pusiese el pié en el umbral de la puerta hasta la llegada del lord Leicester; y espero, añadió, que no tardará en llegar.

Prometió Amy resignarse y llevar en paciencia su encierro y cautividad; y Foster fué á buscar á su cómplice, despues de haber ali-

viado asi en parte su conciencia del peso que la abrumaba.

— Ya la he advertido, dijo entre sí mismo, y es por cierto muy inútil el lazo que el pájaro ha llegado ya á descubrir.

Dejó la puerta del cuarto abierta por fuera, y quitó los apoyos del escotillon, que quedó por consiguiente en el aire, y pronto á caer con el menor peso que pusiesen encima.

Se retiráron á aguardar lo que debia suceder; pero aguardáron en vano. Al fin Varney, despues de haberse paseado de un lado á otro, embozado en su capa, se descubrió de repente diciendo:

— Es una loca esa muger, si pierde tan buena ocasion de escaparse.

— Quizá está resuelta, respondió Foster, á aguardar hasta que llegue su marido.

— Es verdad, es verdad, dijo Varney saliendo afuera, no me habia ocurrido tal cosa.

Dos minutos despues, oyó Foster el paso de un caballo en el patio, y un silbido como el que daba por señal ordinariamente el conde. Un instante despues, la puerta del cuarto de Amy se abrió, y cayó el escotillon. Hubo un ruido de una caída.... algun gemido, y todo se acabó.

Entónces se acercó Varney, y con una voz cuyo acento esprimia una mezcla terrible de

horror y de burla, dijo á Foster desde afuera:

— ¿Ha caído el pájaro? ¿Se acabó ya eso?

— Dios nos perdone, respondió Antonio Foster.

— ¡Como, mentecato! añadió Varney, tu tarea se acabó, y tu recompensa es segura: mira á la bodega, ¿que ves allí?

— Solo veo un lío de vestidos blancos, como un monton de nieve, dijo Foster. ¡Dios mio! levanta un brazo.

— Arroja sobre ella alguna cosa para acabar: tu cofre, Foster, que sabes que pesa mucho.

— Varney, eres peor que el mismo demonio, dijo Foster. Nada se necesita ya; dejó de existir.

— Salimos ya de apuros, dijo Varney entrando al cuarto en donde habia dejado á su cómplice: no creia imitar tan bien la señal del conde.

— ¡Oh! si hay en el cielo venganza, tú la mereces bien, añadió Foster, y la encontrarás. Te has servido, para matarla, de sus afectos mas tiernos. Es cocer el cordero en la leche de su madre.

— Eres un fanático tonto, replicó Varney; es preciso ahora ver lo que se ha de hacer: dejemos el cuerpo donde está.

— Pero su maldad no estuvo mucho tiempo

sin castigo, pues, mientras estaban en consulta, llegaron Tresilian y Raleigh, acompañados de Tider y otros criados que encontraron al paso.

Antonio Foster se escondió al verlos entrar, y como conocia todos los pasadizos de la casa, no pudieron encontrarle; pero Varney fué sorprendido, y en lugar de manifestar algun remordimiento, designó con un placer infernal el sitio en que estaban los restos ensangrentados de la condesa, jactandose de que no se le podria probar haber tenido parte ninguna en aquella muerte.

Al ver exánime el cuerpo de la que un momento ántes era todavía tan bella y tan querida, fué tan terrible la desesperacion de Tresilian, que se vió obligado Raleigh á emplear la fuerza para arrancarle de la vista de aquella escena dolorosa, y á cuidar por sí solo de hacer lo que exigia aquel fatal acontecimiento.

Pronto dejó Varney de negar su delito y sus motivos, y alegaba, para esplicar su franqueza, que, aunque la mayor parte de lo que confesaba no hubiera podido imputarsele sino por conjeturas, bastarian estas conjeturas para privarle de la confianza de Leicester y echar por tierra todos sus proyectos ambiciosos.

— Yo no he nacido, añadió, para arras-

trar en el destierro el resto de una vida deshonrada, y servir con mi muerte de espectáculo y escarnio al populacho.

Pensando, en vista de estas palabras, que trataria de suicidarse, se tuvo cuidado de privarle de todos los medios de que podia servirse para hacerlo. Pero, como algunos héroes de la antigüedad, llevaba siempre consigo una pequeña dosis de veneno activo, preparado sin duda por el doctor Demetrio Alasco, que tragó por la noche.

Le encontraron muerto la mañana siguiente, y no parecia haber sufrido una larga agonía, pues su semblante presentaba aun, despues de su muerte, la espresion natural de una risa sardónica. El málvado, dice la Escritura, no tiene límites en su muerte.

La suerte de su cómplice fué un misterio durante algun tiempo. Cumnor quedó abandonado despues del asesinato, porque decian los criados que habian oido, cerca de lo que se llamaba *el cuarto de lady Dudley*, gritos, gemidos, y otros sonidos estraordinarios.

Algunos años despues, no recibiendo Juanita ninguna noticia del paradero de su padre, se hizo dueña de su fortuna, y se casó con Wayland que se hallaba empleado en la casa de Isabel.

Pero, solo despues de su muerte, su hijo mayor descubrió en Cumnor, por una casualidad, un pasadizo secreto, cerrado por una puerta de hierro que se abria detras de la cama, en *el cuarto de lady Dudley*. Daba á una especie de celda en donde se encontró un cofre lleno de dinero, y sobre él un esqueleto. Asi se hizo manifiesta la suerte de Tony Foster: habia huido á esconderse en aquel sitio secreto, y dejando olvidada la llave por fuera, habia sido víctima de los medios que habia empleado para esconder aquel tesoro por el que habia vendido la salvacion de su alma.

Sin duda los gemidos y los gritos de que hablaban los criados no eran del todo imaginarios, eran los del miserable que ántes de morir pedía socorro.

La noticia del destino cruel de la condesa de Leicester interrumpió de repente las diversiones de Kenilworth. Leicester se retiró de la corte, y se abandonó por largo tiempo á sus remordimientos. Pero como en su última declaracion habia disculpado Varney á su amo enteramente, léjos de castigarle, la reina le compadeció mucho. Volvió en fin á llamarle Isabel á su corte, y fué distinguido de nuevo como hombre de Estado y favorito. Lo restante de su carrera es muy conocido en la historia; pero hubo una especie de justicia

en su muerte, si es cierto, como se cree generalmente, que murió en virtud de un veneno que estaba destinado para otro.

Sir Hugo Robsart murió poco despues de su hija. Habia nombrado por su heredero á Tresilian; pero ni la esperanza de una vida independiente en el campo, ni las promesas del favor que le prodigó Isabel para fijarle en su corte, pudieron arrancarle á su profunda melancolía. En fin habiendo asegurado la existencia de los antiguos amigos y criados de sir Hugo, se embarcó en la expedicion de Virginia con su amigo Raleigh, y murió, jóven de años y veterano en pesares, en un pais extranjero.

En cuanto á los personajes subalternos de nuestra historia, solo es necesario decir que el talento de Blount se hizo mas brillante al paso que las rosetas amarillas de sus zapatos se iban poniendo descoloridas, y que se portó como oficial valiente en la guerra, que era su elemento mas bien que la corte.

A Flibbertigibbet su talento despejado le valió distinciones y el favor de Burleigh y de Cecilia.

El extracto de esta historia se encuentra en las *Antigüedades del condado de Berks*,

por *Ashmole*, y se trata de ella con frecuencia en las obras que hacen mencion de Leicester.

El ingenioso traductor de Camoens, William Julio Mickle, ha compuesto sobre el fin trágico de la condesa una elegía tierna, intitulada *el Castillo de Cumnor*, que concluye con estos versos:

Conmovida la tímida zagala,
De Cumnor-Hall contempla las ruinas;
Ya no la vé su parque solitario
Con pié ligero hollar las florecillas.

Si se acerca la noche, el peregrino
Temblando del castillo se desvía;
Y si escucha el rumor de aves ó plantas,
Piensa que ha oido voces doloridas.

FIN.

